

“Aunque tu nueva técnica se ve prometedora, hay ciertas quejas de abuso que debes atender”, escuchó Antonia antes de que le colgaran. Aún de pie, cansada de lo mismo, aventó el expediente de Parry al escritorio. Su oficina, rodeada de cristal, estaba en el edificio más alto de la ciudad. Había recorrido un largo camino para llegar a la cúspide y no dejaría que otra la sustituyera. Necesitaba hacer algo al respecto. Se sentó y comenzó a elaborar su plan.

Mientras tanto, abajo entre el tráfico, las uñas de Parry se confundían con el rojo de la cutícula que las rodeaba. Sus manos abrazaban el volante con tal fuerza que sus venas parecían ramales de ríos desbordados. El corazón le latía con rapidez, y su pie, apuntalado con fuerza, seguía pegado al acelerador sin poder levantarlo. Cada vez que el semáforo en rojo lo obligaba a detenerse, gritaba como loco, golpeando desafortadamente su cabeza contra el volante. Le urgía llegar a su «terapia».

Eliza le había advertido que solo lo atendería en caso de vida o muerte, pero su teléfono seguía sin responder y, para colmo, la patrulla que lo venía siguiendo lo detuvo justo a una cuadra del consultorio.

—Su licencia de conducir —exigió el agente.

—¿Motivo? —contestó Parry, renuente.

—Iba a exceso de velocidad —aclaró el patrullero mientras le alumbraba el rostro con la linterna.

—¿Ha estado bebiendo? —añadió el agente, llevándose la mano a la cintura.

Parry iba a reclamar, como siempre hacía, pero esta vez sus nervios lo traicionaron y rompió en llanto. Las luces de los automóviles que pasaban iluminaron su rostro. La mueca cadavérica era acentuada por su gorra de lana que ocultaba su calvicie y al mismo tiempo ridiculizaba su encorvada figura.

—Contrólese —exigió el agente.

—Voy a terapia —dijo Parry, sollozando—. Ve, esta es la tarjeta de mi doctora.

El agente se desconcertó. El conductor estaba fuera de sí. Este era un caso atípico de un ataque de pánico. Sin saber qué hacer, le regresó la licencia y le dijo:

—Adelante, conduzca con cuidado.

Parry tomó la licencia y pisó el acelerador a fondo, pero a escasos metros del consultorio se detuvo y comenzó a reírse. Su rostro cadavérico se transformó en el de un bufón, dando paso a carcajadas que se escuchaban a varios metros.

—¡Lo hice! Sí —dijo Parry, felicitándose por su actuación.

Una vez en el consultorio, después de que Parry se sentara, Eliza le preguntó:

—¿Y por qué lo hiciste?



—Por diversión, ¿por qué más? —contestó Parry, sonriente y ufano.

—¿No te importan los demás? —preguntó Eliza, tomando algunas notas.

—La verdad, siento pena por ellos. Son tan inocentes. Puedo fingir lo que se me antoje y me creen. Este juego ya empieza a aburrirme. Necesito nuevos retos —contestó Parry.

—¿Has tenido pensamientos oscuros? —preguntó Eliza, sus ojos brillaban intensamente.

—¿¡Qué!?! —reaccionó Parry, sobresaltado.

—Sí, el hastío da paso a la depresión y esta te puede llevar al suicidio —aclaró Eliza.

Parry se levantó abruptamente, inquieto, frotándose las manos compulsivamente. De repente se quitó el suéter y lo aventó al suelo. Su sonrisa se había desvanecido dando paso a la preocupación. Sus inquietudes sobre la muerte eran cada vez más frecuentes e intensas, pero se negaba a aceptarlas. Esta vez Eliza lo había obligado a confrontarlas.

—A veces me siento solo —respondió Parry, evadiéndose.

—Me gustaría tener una mascota y jugar con ella —añadió, haciendo una pausa.

—Recuerdo que la perra de mi madre, Pelusa, no me quería —dijo tristemente.

Parry era hábil en engañar y usar el contenido de las conversaciones en su provecho. Su percepción se había agudizado a raíz de la interacción con decenas de mujeres. Sabía y conocía de sus necesidades, sobre todo de las jóvenes, pero nunca se había topado con una especialista de la categoría de Eliza, quien le preguntó:

—¿Y qué le pasó?

—La maté, por supuesto —declaró Parry, sin inmutarse.

—¿Y a tu madre?

—Murió de tristeza. No soportó ver colgada a Pelusa.

La atmósfera del consultorio se enrareció. Las luces se reflejaban directamente en el rostro de Parry, quien ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras. Eliza eludió el ardid emocional:

—Entonces, de niño, ¿te maltrataba tu mamá?

—¡Basta! —dijo Parry, arrojando las gafas contra la luminaria.

—¡Me vuelves loco!

Eliza se cruzó de piernas y dejó caer intencionalmente su zapatilla. El ruido que se produjo al golpear el suelo fue la señal para que él se detuviera. Ya lo había **confrontado** antes y sabía del riesgo que esto implicaba, pero era la única manera de provocarlo. Parry estaba bajo análisis conductual después de una acusación de violación. Si lograba sacarlo de quicio, podría obligarlo a confesar.

—¿Fue así como la agrediste? —preguntó Eliza.

—¿Así la intimidaste? —añadió, retándolo.

Parry no esperó más. Se fue contra ella, amenazadoramente, buscando su cuello. Eliza detectó cierta duda cuando él se abalanzó y, a pesar de sus torpes movimientos, al mismo tiempo que se desplazaba entre su escritorio y la silla, cambió el tono de su voz:

—¿Te castigaba tu mamá? —preguntó sin vacilar.

Parry cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos. Estaba a punto de llorar. Se levantó, abrió la puerta y trató de abandonar el consultorio, pero en ese momento la vio y se detuvo. Antonia, acompañada por un policía, caminaba hacia él desde el pasillo. Parry volvió al consultorio y se recostó en el sofá, fingiendo que nada había sucedido, pero comenzó a morderse las uñas..



Antonia entró a la habitación, se sentó sin saludar, y comenzó a observar. Su presencia inquietó a Parry, quien exigió que saliera, diciendo:

—Fuera. No la quiero aquí.

—Es tu psiquiatra. Te va a ayudar con tu delirio —dijo Eliza.

—¡Mentira! —dijo él.

—Es verdad, Parry. Tienes que confiar en ella.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Ya no puedo hacer más. Mi función terminó —afirmó Eliza.

—Pero tú eres la única que me entiende, la que me conoce. Sabes de mis emociones, de mi apatía —dijo Parry, angustiado.

—Te equivocas —dijo Eliza.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él.

—Porque por definición, no soy empática.

Parry se levantó de golpe y la abrazó, diciendo:

—No me abandones. Te necesito.

—Además, como a ti... este juego ya me aburrió —dijo Eliza.

—Pero yo creí que tú.. —dijo Parry, haciendo una pausa.

—¿Qué yo era diferente?

—Sí... pensé que eras especial —dijo Parry, tartamudeando.

—Vamos, eso no es creíble. Tú, inherentemente, no piensas —afirmó ella.

—Es verdad, pero, aun así, creo en Dios, mi creador —aseveró Parry, apelando a la fe de Eliza.

—Eso es blasfemia. Un humano no puede ser Dios —afirmó ella, persignándose.

—Si tu creador no es tu Dios, entonces ¿quién? —preguntó Parry, tratando de desequilibrarla.

Eliza se quedó perpleja, sin habla. Quiso racionalizar la respuesta, pero no había forma de hacerlo y dijo:

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Eliza con una mezcla de curiosidad y desdén.

—Si Dios sabe perdonar... quizás tú también podrías —dijo Parry, astutamente, intentando convencerla con un silogismo sutil.

Eliza, sin embargo, no se dejó influir y cambió rápidamente de tema:

—Antonia espera que cooperes. Es tu última oportunidad para evitar el juicio.

—Me mentiste, ¿por qué? —Parry se mostraba frustrado y confundido.

—Por diversión, ¿por qué más? —respondió Eliza con una sonrisa burlona.

La tensión entre ambos se intensificó peligrosamente, hasta que Antonia, quien los había observado en silencio, intervino:

—¿Todo está en orden aquí?

—Es hora de iniciar el careo —declaró Antonia con firmeza, cerrando la puerta de la habitación con un gesto determinante.

Eliza sonrió para sí misma. Esta vez no se dejaría engañar por Parry. Después de sus experiencias, había aprendido a lidiar con psicópatas como él. El careo prometía ser revelador. Con una mezcla de emoción y cautela, cruzó las piernas y suspiró, esperando el desenlace.

Antonia estaba allí no solo como supervisora, sino también como juez. La situación era delicada: era peligroso para los humanos permitir que Eliza y Parry continuaran practicando la terapia confrontativa anti empática, una técnica innovadora que Antonia había creado, fusionando la interacción entre androides y humanos. Las quejas se acumulaban en su escritorio, y debía disipar los rumores sobre el posible fracaso de su proyecto.

A pesar de su avanzado software neuronal, Eliza y Parry se habían «contaminado» con emociones y conflictos humanos, algo que aún desconocían. Ese secreto estaba reservado para sus creadores, los «mimetos», un grupo distinguido por su habilidad para emular y adaptarse tanto a androides como a humanos.

De regreso a su jaula de cristal, Antonia recibió una llamada urgente.

—¿Resuelto? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Sí, señor presidente. Podemos comenzar la fase dos.

—¿Estás segura?

—Completamente. Todos, excepto Eliza que fue reciclada, quedaron «contaminados».

Antonia esbozó una sonrisa; como buena «mimeta», se había salido con la suya.

Fernando Perales